

Tlacopan. Los naturales del pueblo, viendo la tempestad que descargaba sobre ellos, abandonaron la poblacion y fueron á buscar abrigo en los montes; pero fueron alcanzados por la tropa de Sandoval, y muchos murieron pasados á cuchillo. ¡Cuantos niños, ancianos y mujeres, pagarian ahí con su vida, el delito que sus esposos, padres ó hermanos habian cometido, con dar muerte á unos extrangeros que insultando su sencillez y la hospitalidad con que fueron recibidos, habian intentado destruir su independencia y encadenar su libertad!

Despues de derramar en nombre de la civilizacion la sangre inocente de aquel pueblo, marchó la expedicion á Tlaxcala: ya los gefes de la república tenian preparado el material para los bergantines, segun los deseos é instrucciones del general; y aun se habian probado en el rio de Zahuapan y vuelto á desarmar para conducirlos á los lagos de México. Dos mil tlamames tlaxcaltecas cargaron sobre sus hombros el maderage, velas y demas útiles de las embarcaciones; y treinta mil guerreros de la república, al mando de tres gefes de los principales, llamados Chichimecatl, Axotecatl y Teotepil, acompañaron á la tropa de Sandoval para custodiar aquel interesante convoy. Cuando ya se acercaban á Tezcoco, Cortés vestido de gala y acompañado de los oficiales de su ejército, salió á encontrar á Sandoval y sus aliados, haciendo su entrada luego á Tezcoco en medio de las aclamaciones de los amigos tlaxcaltecas, que viendo llenos de gozo, que se aceleraba el momento de saciar su venganza contra los aztecas, no preveian en eso mismo su ruina, y en medio del estrépito de los instrumentos militares, gritaban con loco frenesí, ¡Castilla y Tlaxcala! ¡Castilla y Tlaxcala! (10)

10 Bernal Diaz cap. 140. Herrera his, gener, dec, lib, 1, cap, 2.

CAPITULO XXIV.

Espedicion de Cortés antes de asediar á México.

Apenas habian pasado tres ó cuatro dias de la llegada de Sandoval, cuando Cortés pensó poner en práctica un proyecto que maduraba hacia algunos dias: voltear los lagos caminando hacia el Norte: castigar de paso aquellos pueblos, que tenian el imperdonable delito de permanecer aliados al bravo Guatemotzin para defender la independencia comun; y acercándose por la funesta calzada de Tlacopan, ver si podia entablar algunas negociaciones con los mexicanos. A este plan á mas de sus deseos, lo estimulaba Chichimecatl, belicoso tlaxcalteca, que con ansia deseaba encontrar al azteca en el campo de batalla, para desahogar sus añejos resentimientos. de suerte, que dejando una guarnicion en Tezcoco al mando de Sandoval, y dadas las órdenes para la conclusion del canal y armar los bergantines, el general salió acompañado de Alvarado y Olid, con trescientos cincuenta infantes, veinticinco caballos, seis cañones, los treinta mil tlaxcaltecas y una parte de la nobleza tezcucana.

El objeto de su viage lo guardó en su mente con escrupulosa reserva, por temor de que los tezcucanos por un acto de deslealtad lo revelaran á los mexicanos; pero estos, astutos por demas y bien experimentados en la guerra, siempre estaban en asecho de los menores movimientos de sus enemigos: así fué, que apenas salió la expedicion, cuando tropezó con un ejército azteca que le disputaba el paso. Hubo una refriega reñida, pero de corta duracion, pues los mexicanos fueron puestos en desórden y tuvieron que dejar libre la marcha de los

castellanos, que se dirigieron á Xaltocan. Era esta una ciudad situada en una isla de la orilla septentrional de la laguna, que solo se comunicaba con la tierra firme por una calzada cortada con varios fosos como las de México: Cortés á la cabeza de la caballería, marchó á la vanguardia del ejército; pero llegando al primer paso tuvo que detenerse porque el ímpetu con que corría el agua, no daba lugar que pasara su tropa. Entonces apiñados en la estrecha calzada, aparecieron millares de combatientes en canoas, descargando una nube de flechas y piedras sobre el ejército aliado, mientras ellos se defendían del fuego de la mosquetería española, con unos parapetos provisionalmente formados sobre el borde de las canoas. La situación era comprometida, allí no era prudente permanecer recibiendo los tiros de los enemigos, sin poderlos ofender: forzar el paso del ancho canal no era posible; y Cortés resolvió la retirada. Un feroz y espantoso ahullido que era el grito de guerra del azteca, aterró los oídos de los españoles, y sobre sus espaldas caía como una tempestad, la multitud de piedras y flechas que se despachaban de las canoas. Los xaltocaneses ya cantaban alegres la victoria y los aliados trayendo á su imaginación las pavorosas escenas de la noche triste, volvían mustios y abatidos á desechar el camino de la calzada: si hubieran tenido que abandonar la empresa mucho habría influido en la moral de su ejército á la vez que habría alentado el brío de muchos pueblos para aliarse con los mexicanos; pero el fatal destino estaba cerca y siempre la traición, había de cubrir de ignominia la magestuosa frente de la reina de los lagos y había de echar á su cuello la ominosa cadena de negra esclavitud. En estos momentos, un desertor de los xaltocaneses se presentó á Cortés y le informó de un camino por donde podía vadearse el lago: luego la infantería conducida por el desertor tomó el camino que debía

conducirla á la ciudad, mientras la caballería cubría la retaguardia. Una penosa y difícil marcha tuvo que hacer la infantería aliada, sosteniendo un combate con el agua hasta la cintura; pero al llegar á tierra firme, la victoria se declaró en su favor. Multitud de los habitantes fueron pasados á cuchillo, todos los que pudieron huir en botes escaparon del furor de sus enemigos y la desgraciada Xaltocan fué entregada á la rapacidad de los aliados y á la voracidad del fuego que se aplicó á sus desiertas casas. (1)

Después de entregar la ciudad al ángel de la desolación, el ejército siguió su camino para las ciudades de Quauhtitlan, Tenayocan y Azcapozalco, cuyos habitantes sabedores del desgraciado fin de Xaltocan, huían á los montes y los que quedaban no hacían resistencia alguna. Llegaron por fin á Tlacopán que era el término de la expedición: allí tuvieron que resistir un ataque de los tlacopanenses que fueron vencidos; y por seis días permanecieron los aliados alojados en las casas de los arabales. En este tiempo los tlaxcaltecas tenían frecuentes ocasiones de reñir con sus antiguos enemigos los de Tlacopán: y en multitud de combates parciales se derramó la sangre de los más famosos guerreros de ambos pueblos, que después de llenarse recíprocamente de oprobios, peleaban con extraordinario valor.

También los españoles tenían que sostener diversos combates á que los provocaban algunas tropas mexicanas: y un día la astucia de estos, estuvo á punto de prepararles otra escena como la de la noche triste en aquel sitio funesto para las armas de Castilla. Salieron algunas tropas de aztecas á insultar á los españoles, y cuando se hubo empeñado el ataque, estos se fueron dejando arrastrar con el pretexto de una falsa retirada, á

1 Bernal Diaz, cap. 141. Ter. carta de Cortés, pág. 209.

Los memorables fosos de aquella fatal calzada que presenció su sangrienta derrota del 1º de Julio: de allí volvieron los mexicanos cargando con la velocidad del rayo; y cuando Cortés pensaba desempañar el brillo que allí mismo habían perdido sus armas, vió que un gran ejército se preparaba á cerrarle la salida, y multitud de embarcaciones se deslizaban por todas direcciones, trayendo la flor de los guerreros aztecas, que deseaban dar otra lección terrible á los extrangeros. Cuando esto advirtió el general, se arrepintió de haber sido tan fácil en dejarse engañar: y sin insistir en sostener una acción que habría sido para él de funestas consecuencias, contramarchó á ponerse en tierra firme.

Cortés nada tenía ya que esperar de su expedición: había hecho sentir en Xaltocan su espíritu de venganza; pero no había obtenido ningunas noticias de México que era su principal objeto, ni podía tener esperanza de entrar en negociaciones con el nuevo soberano. En uno de los combates tenidos en esos días, un foso dividía á los dos ejércitos, y adelantándose Cortés al suyo, por señas hizo cesar el estrago de las armas, dándoles á entender á sus contrarios, por medio de su intérprete, que quería negociar con algunos de sus gefes; pero los orgullosos mexicanos, le contestaron que todos lo eran y podía hablar en presencia de ellos; invitándolo á que hiciera otra visita á su capital, en la cual añadian «ya no hay otro Moctezuma obediente á tus caprichos, entra y con todos los tuyos serás sacrificado á los dioses.» (2) Determinó pues volverse á Tezcoco, y atribuyendo esto los enemigos á un acto de cobardía; salieron en su seguimiento haciéndole bastante daño en su marcha, hasta que Cortés usando de una estratagema, emboscó en los montes inmediatos al camino una parte de su ejército,

2 Ter. cart. de Cortés pág. 211.

que pasando desapercibida del enemigo, lo atacó por la retaguardia y lo puso en fuga haciéndole gran multitud de muertos. No volvió ya el ejército á ser molestado en su camino, llegando á Tezcoco, quince días despues de su salida.

Apenas había vuelto Cortés, cuando solicitaron los chalqueses su auxilio, temiendo un próximo ataque de los mexicanos: se mandó á Sandoval con trescientos infantes españoles, veinte ginetes y un gran número de aliados; pero como al llegar á Chalco encontró un gran ejército que también había ido en su socorro, mandado de Quauhquecholan y Huejotzincó, no creyó necesario permanecer en la ciudad, y marchó para Huaxtepec, donde estaba la guarnición mexicana que tenía en amago á Chalco. Antes de entrar en la ciudad salieron á su encuentro los batallones enemigos, que logró derrotar y poner en fuga: en el mismo campo en que se dió la acción, determinaron pasar la noche; y apenas se ocupaban de preparar la cena, cuando se dió el grito de «á las armas»: todos estuvieron muy prontos y pudieron rechazar el impetuoso choque de los mexicanos, en el que fueron derrotados por segunda vez. Entonces los persiguieron y como ya la ciudad quedaba abandonada de sus habitantes, tomaron posesion de ella los españoles, alojándose en sus magníficos edificios, por dos días, en que atendieron á curar las heridas de sus compañeros.

A muy corta distancia de Huaxtepec se hallaba otra población india, llamada Xacapichtla: situada en la eminencia de un monte casi inaccesible y defendida también por una fuerte guarnición mexicana. Mandó Sandoval un mensaje, ofreciendo la paz, que fué rechazada de los habitantes; y á pesar de las graves dificultades que ofrecía la empresa, atacó Sandoval, quien logró superar con un heroico esfuerzo las dificultades del terreno; y una vez tomada la ciudad, desahogaron su cólera esparciendo la muerte no solo en las tropas, sino en los pacíficos é

indefensos habitantes. Según el mismo Cortés, en la página 215 de su tercera carta, esta fué una de las acciones en que mas brilló el valor español: y fué tal la mortandad en los aztecas, que se tiñeron con sangre las aguas de un arroyo por mas de una hora, sin tener donde apagar su sed los soldados; pero el bellaco Bernal Diaz, que refiere esta accion en su cap. 142 dice que duraron teñidas las aguas, tanto quanto se necesitaba para rezar una Ave María.

Sandoval, creyó concluida gloriosamente su campaña y volvió á Tezcoco para dar descanso á la tropa y cuidar mejor de los heridos; pero como los mexicanos siempre estaban en asecho de sus movimientos y no perdian ocasion para hacer sus hostilidades, armaron una expedicion de veinte mil hombres, y por agua pensaron atacar á Chalco, que creian débil: los chalqueses intimidados con este amago, mandaron luego sus embajadores á Tezcoco demandando socorro, los cuales llegaron al mismo tiempo que Sandoval: esto hizo suponer al general que la expedicion no se habia hecho con la debida eficacia para castigar la bélica perseverancia de los aztecas, y sin permitirle un momento de descanso, lo hizo retroceder á Chalco para concluir el objeto de su mision. Sandoval aunque muy resentido con aquel imprudente tratamiento, sin hacer objecion marchó á Chalco, donde ya habia pasado el ataque, quedando victoriosos los de la ciudad con el auxilio de los Huejotziques y Quauhquecholeses. Los aztecas tuvieron muchos muertos y algunos prisioneros, entre ellos dos generales, que fueron entregados al gefe español y éste los condujo á Tezcoco.

Al regreso de Sandoval, Cortés habia reflexionado en la imprudencia con que irritó á uno de sus mejores oficiales; pero este era muy generoso, y admitió una explicacion satisfactoria de su general. Respecto de los nobles aztecas, determinó Cortés mandarlos á México para

negociar algun arreglo con el soberano, para lo cual les dió sus instrucciones y una carta, que aunque no podia entenderse en la corte de México, servirian de credencial á los enviados para justificar su mision. El gefe castellano tenia demasiadas pruebas del espíritu indomable de los aztecas y á todo trance queria concluir su empresa mas bien por el camino de la diplomacia, antes que aventurarse á un hecho de armas en que debia esponer el todo de su fortuna; pero el intrépido Quauhtemotzin, la gloria nacional mas brillante que se presenta en la conquista, tenia sobrado fuego en su noble pecho y amaba demasiado la libertad de su patria, para avasallarla á unos extrangeros que se presentaban reclamando la soberanía de su rey, sin mas título que su deseo de atesorar grandes riquezas. Así es, que sin dar contestacion á las preposiciones de Cortés, mandaron preparar nuevas hostilidades contra Chalco, y los habitantes de esta ciudad, pronto se presentaron con su aliado llevándole unas pinturas en que se manifestaba esta formidable agresion, representándose en ellas, las ciudades que se armaban en su contra y el camino que tomaban los enemigos. En esta vez, el mismo Cortés quiso encargarse de dirigir la campaña, para reconocer por aquel lado el terreno, conocimiento que le era indispensable para la ejecucion del asedio proyectado contra la capital.

Mientras Cortés preparaba el ejército con que debia hacer el reconocimiento y campaña á que se disponia, se presentaron á Tezcoco algunos comisionados de las ciudades de Tuzapan, Mecaltzinco y Nauhtlan, prestando al rey de España la obediencia en nombre de sus señores. Esto era una gran ventaja para el general; pero no facilitaba tanto sus operaciones, como la llegada á Veracruz de unos buques que traian á bordo doscientos soldados de infantería y ochenta ginetes, con bastante

provision de armas y municiones, poniéndose luego en camino para Tezcoco.

El cinco de Abril de 1521, dejando el cuartel general de Tezcoco al mando de Sandoval, con las órdenes para concluir el canal y cuidar de los bergantines, cuyos materiales ya por tres veces habian intentado quemar los aztecas, salió Cortés con trescientos infantes, treinta caballos y veinte mil aliados, dirigiéndose á Tlalmanalco y Chimalhuacan-Chalco, donde engrosó sus filas con millares de guerreros, que de muchos pueblos venian á unírseles, anciosos de vengar sus resentimientos con los mexicanos y con deseo de adquirir un rico botin á la sombra de las armas castellanas. (4)

Para salir del Valle y tomando el camino que indicaban los mapas de los chalqueses, tomaron la direccion de Huaxtepec, en cuyo camino, sobre una escabrosa elevacion, vieron multitud de familias indígenas y una gran muchedumbre de soldados aztecas, defendiendo las faldas de las montañas. No pensaba Cortés entrar allí en accion, tal vez por no parecerle propio el terreno, ó por querer mejor avanzar en su camino para conseguir el fin de reconocimiento que se habia propuesto; pero los indígenas creyendo en esto un acto de cobardía, con sus gritos y mofadores silvidos, irritaron el orgullo español, y luego dispuso el general vengar aquel insulto. Empezaban los españoles á subir aquella áspera pendiente, donde recibian una lluvia de piedras y flechas, cuando se presentó por su retaguardia otro ejército enemigo de la misma consideracion: Cortés luego que lo advirtió, desistió de la subida para salir al encuentro á este último que venia por campo raso donde tenian sus

3 Terc. cart. de Cortés pa. 216. Bernal Diaz cap. 143 Herrera dec. 3 lib. 1.º cap. 6.º

4 Bernal Diaz cap. 144 y Cortés lug. cit.

armas una incomparable superioridad; y empeñada una formal batalla; pronto tuvieron que huir los enemigos, que fueron derrotados completamente, en un alcance de mas de una hora. Con la ventaja que le dió este triunfo y otro que adquirió en seguida, sobre otros enemigos, que á poca distancia estaban posesionados de otro monte, consiguió rendir á los de la primera eminencia; y libre de estos obstáculos que embarazaban su camino, siguió por el camino de Huaxtepec, de cuya ciudad se posesionó sin resistencia y pasó adelante hasta la populosa ciudad de Quauhnahuac ó Cuernavaca,

CAPITULO XXV.

Campana de Quauhnahuac y Jochimilco.

La ciudad de Quauhnahuac capital del país de los tlahuíques, era muy antigua y populosa, tributaria del imperio azteca y defendida por una considerable guarnicion de mexicanos. Antes de emprender las operaciones sobre la capital, era interesante á Cortés llevar allá sus hostilidades y quitar á sus enemigos el fuerte apoyo que podia tener en un país tan rico y poblado. La ciudad aunque á bastante altura del nivel del mar, estaba embellecida de la rica y vigorosa vegetacion de que disfrutaban las tierras bajas: solo por uno de sus lados se estendia una llanura, suave en su piso como en su clima; pero por los demas vientos está defendida por rocallosas eminencias, cuya aspereza, unida á la barrera natural de un riachuelo, que algunas veces aumenta considerablemente las aguas, le daban á la ciudad una posicion fuerte y casi inespugnable.

El ejército aliado llegó á la vista de la ciudad, á don-